

DEODORO ROCA, CENTENARIO

*Comunicación del académico Dr. Horacio Sanguinetti,
en la sesión privada del 12 de setiembre de 1990*

DEODORO ROCA, CENTENARIO

Por el Académico DR. HORACIO SANGUINETTI

Siempre creí que las efemérides son algo arbitrarias, pues nada resulta más importante —o menos— porque haya sucedido hace cien años o hace ciento uno. El almanaque tiene mucho de convencional. Sin embargo, no debemos desdeñar sus convenciones, y muchas veces conviene acatarlas como motivo aparente para la justicia trascendente y la recordación ejemplar.

Que se cumpla un siglo del nacimiento de Deodoro Roca nada agrega a su favor, no lo agranda ni lo achica, no ahonda sus aciertos ni justifica sus errores. Pero puede ser pretexto para una evocación necesaria, que penetre el olvido, en un país convicto de ignorar oficialmente a muchos de sus valores legítimos.

A veces nos interrogamos, en efecto, sobre las causas del desconocimiento general que gravita, lapidario, en torno a Deodoro. Entre múltiples motivaciones, se nos destacan dos razones primordiales: su condición de hombre del interior y su condición transgresora de pensador sin ataduras. Sin embargo, fue el escritor político nacional más alto del siglo —y aun, superando la especie “política”, también el *escritor* más alto, creía Martínez Estrada—. Su nervio literario, ingenio y temperatura dan a cuanto escribió un interés actual bastante sorprendente.

Un infalible instinto estético lo habilitaba para sortear las tentaciones de la moda y apartar la hojarasca frívola y el floripondio que hoy invalida parcialmente obras más

notorias. El vuelo de su pluma, la elegancia formal, la profundidad de los trazos, hacen el resto, y le permiten en justicia, aunque suene audaz, codearse con Lugones, Borges, Arlt, el propio Martínez Estrada...

Cierto que Roca nunca acometió la tarea continuada y solícita del libro y éste es un pecado grave. Apenas encaró con seriedad alguna conferencia, como las dedicadas a Lope de Vega o García Lorca, que "enloquecieron" —según su propia confesión— a Rafael Alberti.

Por lo demás, redactó a vuelapluma centenares de artículos políticos, demasiado sacudido a veces por el fervor de la pasión, sin corregir, sin retocar y sin pulir.

Por fin, subsisten algunas cartas, discursos, reportajes. Material disperso, fragmentario, traspapelado en sucesivas bohemias.

El periódico y la revista que publicó, *Flecha* (1935-36) y *Las comunas* (1939-40), hoy son absolutamente inhallables. Ninguna colección completa, al parecer, se conserva.

También se perdieron —inclusive en vida suya, cuando la inundación de 1939—, papeles privados y escritos judiciales de admirable mérito estilístico.

Porque había en Deodoro cierto hedonismo intelectual y una suerte de recelosa desconfianza sobre lo propio. Se encendía socráticamente en el diálogo, en la docencia y la polémica, pero rehuía —con ingeniosas excusas—, el esfuerzo continuado de partear un libro.

Asumió así el riesgo de pasar —como pasaron, según Anatole France, los hombres más eminentes que trató—, sin dejar huellas de su tránsito terreno. Amigos y epígonos procuraron cubrir tal vacío y con retazos y saldos conformaron, ya muerto el autor y a lo largo de casi medio siglo, cinco libros de razonable unidad temática; guiados, cada uno, hasta donde fue posible, por una nervadura central: lo político, lo literario y artístico, lo universitario...

Así se rescató parcialmente el mensaje del pensador cordobés y se logró lo que su sobrino Adolfo Mitre, en conmovedora evocación, denominó la "pervivencia de Deodoro", entendiéndolo que supervivir veinte años es tener asegurada una fracción mínima de inmortalidad.

La breve vida de Deodoro Roca es, de por sí, otra fuente de ejemplos y curiosidades.

Nació el 2 de julio de 1890 y murió, cincuenta y dos años después, el 7 de junio de 1942, en la misma habitación de la misma casona hoy demolida, en la calle Rivera Indarte. Allí, en los sótanos, instaló su estudio jurídico y sobre todo, su cenáculo. Casi sin moverse de la ciudad o a lo sumo, de su retiro en Ongamira, estimuló la anémica vida cultural y convulsionó la sobresiasta provinciana. Por el sótano desfilaron los más altos espíritus de su tiempo, todos cuantos confluyeron en Córdoba. El sótano fue encrucijada de Lisandro de la Torre y Alfredo Palacios, Germán Arciniegas y Waldo Frank, João Café Filho y Haya de la Torre, el conde Keyserling y Adolfo Posada, Foujita y Margarita Xirgu, Stefan Zweig y Arturo Capdevila, Eugenio d'Ors y Ortega y Gasset —que según testimonia otro contertulio, Manuel Gálvez, consideraba a Deodoro el argentino más eminente de cuantos había conocido.

Muy joven, Roca capitaneó el movimiento reformista de 1918, cuyo memorable “Manifiesto Liminar” redactó, y diseñó un proyecto seductor de universidad abierta, lúcida, sin ataduras dogmáticas y fervorosa en la idea de servicio. Se mantuvo siempre fiel a esas aspiraciones y atento para castigar intelectualmente cualquier desviación del reformismo oportunista.

Abogado y doctor casi “sin que el interesado pudiese evitarlo”, su parábola intelectual apenas soslayó, hasta 1930, el diálogo encendido y regocijante. Quedan como excepción algunas breves y perfectas notas sobre temas estéticos. Pero la crisis del 30 lo lanzó a una frenética acción cívica, fuera de toda estructura —es cierto—, libre de todo compromiso que no fuese con su conciencia.

Duro crítico del gobierno radical, no soportó “la angostura” de ninguna disciplina partidaria. Ni siquiera en el socialismo, donde militó fugazmente luego de setiembre. O quizá debiera decirse: por supuesto, tampoco en el socialismo.

Era un francotirador. Ideológicamente, un gran liberal progresista, abierto, republicano, de enorme valentía y siempre capaz de sacudir su pereza para luchar por el Derecho. Cuando se lo acusó de comunista, “no lo soy —respondía—, no porque abomine de serlo, sino simplemente porque no lo soy, como no soy enano ni tengo los ojos verdes”.

Esta acción cívica, basada exclusivamente en su prestigio, reunió a su lado a muchas gentes de buena voluntad. Y aunque llegaba desde Córdoba y el país portuario quería darle las espaldas, alcanzó en cierto momento a iluminar toda América con su reclamo de paz, libertad y razón.

De entonces datan sus escritos políticos más formidables. Nadie, por ejemplo, castigó tan reciamente a Lugones por sus complicidades con el fascismo, como Roca en la polémica arrasadora que sostuvieron.

Pues Deodoro no ocupó bancas ni cargos, no recibió honores ni sueldos, pero habló por muchos. Admira su *alma profética*, "verdadero Hamlet —como señala Adolfo Mitre—, de la angustia patriótica". Hizo y dijo cosas muy serias, siempre alegremente, con elegancia y elocuencia y se jugó hasta la vida por una obligación moral de fidelidad a sus ideas. Él, que en profundidad era un gozador, un epicúreo, con vocación de pintor y de artista, de humanista integral al modo del Renacimiento.

Cuando enfermó gravemente, la sociedad cordobesa —algo habituada a la presencia revulsiva de Deodoro El Magnífico—, reaccionó con un sacudimiento de alarma. Y si algunos anónimos se ocuparon de mantenerlo informado de los avances de su mal, demostrando la subsistencia —decía—, "de odios que me ha costado tanto ganar", los más, amigos y adversarios, lo rodearon solidariamente.

Cuando murió, junto al llanto de artistas y poetas —destacamos la admirable "Elegía a una vida clara y hermosa", de Rafael Alberti—, una multitud heterogénea e inmensa, por cantidad y calidad jamás vista en Córdoba, lo acompañó hasta el Cementerio de San Jerónimo.

Ha pasado un siglo desde el nacimiento y casi medio desde la muerte de este argentino singular. El devenir de las generaciones, la frenética "alienación" contemporánea y ciertas quiebras culpables con el pasado, desdibujaron insensiblemente su recuerdo. Pero, decantado el rebato de las pasiones circunstanciales, todos debemos a Deodoro Roca un espacio en nuestra memoria colectiva. En primer lugar, por razones de justicia, y además para conocernos mejor a nosotros mismos. Y sobre todo —sobre todo—, por propio decoro.